

LA SALUD EMPIEZA EN EL HOGAR

Por el Dr. Abraham Horwitz, Director de la Oficina Sanitaria Panamericana, con motivo del Día Mundial de la Salud, 7 de abril de 1973.

Que “la salud empieza en el hogar” parece un hecho obvio, indiscutible, que no debería requerir de mayores comentarios. Sin embargo, ni la salud es estática —no la gozamos todos, todo el tiempo— ni las familias son similares en cuanto al bienestar que poseen y al que aspiran, ni los hogares son comparables como el ambiente inmediato que contribuye a la armonía. En esta diversidad reside lo atrayente de la vida en sociedad y es el estímulo de muchos para mejorar las condiciones, por lo menos, de los más necesitados. Al sugerir a los Gobiernos del mundo, a las instituciones públicas y privadas, a los grupos sociales y a los habitantes que mediten sobre dicho tema, nuestra Organización persigue un propósito educativo. Porque nada enseña más que la experiencia vivida, por sobre todo, cuando esta se transmite dentro de los cánones culturales de cada comunidad.

Bien se ha dicho que se obtienen conocimientos en la escuela pero que uno se educa genuinamente en el hogar. Lo interpretamos señalando que es en el seno de la familia donde se adquieren o se modifican hábitos, costumbres y actitudes que son esenciales para la convivencia fundada en el respeto a todos los seres humanos. Lo que se espera de la educación es que, con base a ella, el adolescente y el adulto formen sus propios juicios de valor y opiniones y que ambos se reflejen en su conducta individual y colectiva.

En efecto, la salud empieza en el hogar porque muchas de las enfermedades frecuentes pueden prevenirse con normas simples de higiene. Bien dice el proverbio: “la limpieza es lo más próximo a la santidad”. Este aserto ha de cobrar mayor realidad en este decenio y en los que vendrán, porque estamos convencidos que debemos actuar y pensar ecológicamente, vale decir, no seguir atentando contra el ambiente al que pertenecemos ni deteriorándolo, con perjuicio personal y de todos aquellos que nos rodean. Aristóteles sostuvo que una comunidad es viable cuando cada cual reconoce el rostro de su vecino.

En un número creciente de países se acepta hoy el concepto de paternidad responsable y se ofrecen servicios de planificación de la familia para quienes los desean. Se procura así contribuir al crecimiento y desarrollo normales de los niños, a la estabilidad familiar, a reducir el impacto de la enfermedad y a promover el bienestar.

Acciones de carácter preventivo —y algunas con fines terapéuticos— que no dejan en el beneficiario, adolescente o adulto, un conocimiento suficiente para motivar a otras personas, pierden todo su significado social por mucho el éxito individual que ellas induzcan. Ningún ambiente mejor que el hogar para este propósito de enseñar y difundir conceptos y técnicas que son indispensables para promover la salud.

Cada ser humano es un mundo en sí mismo y también lo es su familia. Aislada en la comunidad, su presencia se reduce a un simple existir que no aporta al bien común y no obtiene de este todo lo que pudiera ni a lo que aspira. Cabe destacar que está en plena evolución en las Américas un intenso movimiento de participación de la comunidad en pro de la salud de sus miembros. En algunos países se ha generado espontáneamente y en otros ha sido inducido e institucionalizado. En todos, cualquiera la estructura, los objeti-

vos y la forma de llevarlos a la práctica, las consecuencias para la sociedad son cada vez más palpables y de mayor trascendencia.

Históricamente su origen se remonta a costumbres —un verdadero sistema de trabajo— de los aborígenes del Continente. Sea en el medio urbano como en el rural —y la impresión es que los comités de salud son más frecuentes en este último— donde la motivación ha sido auténtica, es decir, donde la han sentido los habitantes como guiada exclusivamente a mejorar su situación, su respuesta ha superado las expectativas. Lo fundamental es oír lo que desean, darles la oportunidad de participar en las decisiones y en la ejecución de las obras. Su trabajo y los materiales que aportan, contribuyen en proporción muy importante al financiamiento. De acuerdo con el tipo de problemas y las medidas para resolverlos, la comunidad se organiza en grupos a los que se les asignan determinadas responsabilidades. Los funcionarios de salud tanto nacionales como locales trabajan con ellos con lo cual se pueden ampliar los propósitos de cada programa y garantizar su realización y continuidad.

Sin la concurrencia de la familia, ese consenso en la intimidad del hogar, no hay participación de la comunidad que sea viable por muy laudables que sean sus objetivos.

Como lo estableció Comte, “el espíritu científico no permite considerar la sociedad como realmente compuesta de individuos. La verdadera unidad social consiste, sin duda, en la familia”.¹ Y lo es para la salud porque constituye el centro donde se forjan y se renuevan constantemente los sentimientos de solidaridad humana, sin los cuales no es posible crear un genuino bienestar social.

¹ Comte, A. *Cours de philosophie positiviste*, IV, 398.